



Miguel León-Portilla

“Francisco Xavier Clavigero”

p. 605-642

Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 1: Historiografía civil

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón (coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

660 p.

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-968-36-4992-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_0201/historiografia_civil.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO

MIGUEL LEÓN-PORTILLA*

Es cierto que en México la figura y la obra de Francisco Xavier Clavigero han sido y continúan siendo objeto de reconocimiento y podría decirse de irrestricto elogio. Se ha cumplido en él lo que enunció su primer biógrafo Juan Luis Maneiro quien, como Clavigero, era también veracruzano, antiguo jesuita y exiliado en Italia: “la sincera posteridad juzgará, por las obras que dejó, cuán grande haya sido Clavigero”.¹

A mi vez quiero expresar desde un principio que admiro hondamente a Clavigero y me he ocupado de él y su obra en varias ocasiones.² Esto, sin embargo, no será obstáculo para que atienda a varios juicios muy adversos que expresaron algunos distinguidos historiadores europeos desde poco después de publicada su *Storia antica del Messico* (Cesena, 1780). Sus críticas, según veremos, no deben ser ignoradas ya que apuntan a las que podrían tenerse como deficiencias en la aportación del veracruzano. El meollo de tales comentarios negativos es que escribió con apoyo en fuentes reducidas y secundarias, pero tratando de dar la impresión de lo contrario, en especial de haber acudido a importantes testimonios indígenas.

Esa limitación fue causa, en opinión de sus críticos, de que muchas de sus afirmaciones acerca del pasado prehispánico de México hayan sido más bien fruto de suposiciones dirigidas a enaltecerlo, cual si pretendiera dar a sus compatriotas argumentos en qué cimentar una nueva forma de nacionalismo.³

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

¹ Juan Luis Maneiro y Manuel Fabri, *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII*, pról. selec., trad. y notas de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989 (Biblioteca del Estudiante Universitario), p. 163.

² Miguel León-Portilla, *Recordación de Francisco Xavier Clavigero, su vida y su obra*, Veracruz, Museo de la Ciudad de Veracruz, 1970. Estudio introductorio a la edición de Francisco Xavier Clavigero, *Historia de la Antigua o Baja California*, México, Porrúa, 1975, p. IX-XLI. Asimismo, he comparado la obra anterior con la de Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de Antigua California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1988, p. VII-X y XXXV, LVI, LXVIII, LXXI, 115, 122, 129, 133, 144 y *passim*.

³ Charles E. Ronan, S. J., el más reciente y acucioso biógrafo de Clavigero, dedica a esto el tercer capítulo de *Francisco Javier Clavigero, S. J. (1731-1787), Figure of the Mexican*

Las objeciones y críticas se dirigieron así precisamente en contra de aquello mismo que constituye el mérito que se le reconoció a su obra desde un principio en México. Fue recibida ella como portadora de considerable riqueza testimonial, sobre todo de origen indígena, y reveladora además de la más profunda raíz de identidad del país en vísperas de su independencia de España.⁴

En este estudio historiográfico acerca de Clavigero y su obra, tomaré en cuenta una y otras formas de apreciación. No busco en ello hacer defensa o apología del historiador veracruzano, sino sobre todo valorar más cabalmente lo aportado por él. Pienso que tomar en cuenta tanto elogios como censuras puede contribuir a una mejor comprensión no sólo de la *Storia antica del Messico* sino en general de las varias obras que escribió. Por otra parte, la forma como procedió en sus trabajos guarda a su vez estrecha relación con lo que fueron su vida y su tiempo histórico. Aunque estoy muy lejos de cualquier hipótesis determinista, reconozco que hay circunstancias que condicionan la actividad humana, como también ocurrió ciertamente en el caso de Clavigero, criollo mexicano y de familia tradicional, jesuita, exiliado e historiador. En algunas de esas circunstancias de su tiempo histórico podrán hallarse ciertos condicionantes de su obra, entre ellos varios que precisamente ocasionaron las limitaciones objeto de censura y los enfoques que a unos desagradaron y a otros complacieron.

VIDA Y CIRCUNSTANCIAS DE FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO DURANTE SU PERMANENCIA EN MÉXICO (1731-1767)

Como ya lo expresé, he esbozado en otros lugares la biografía de Clavigero. Aquí sólo señalaré acontecimientos y circunstancias que, si no determinaron necesariamente su quehacer de historiador, sí influyeron mucho en él. Francisco Xavier, nacido en Veracruz el 6 de septiembre

Enlightenment: His Life and Works, Roma, Institutum Historicum Societatis Iesu, 1977, p. 154-179.

⁴ Tal ha sido la apreciación más general de esta obra de Clavigero. De ello dan cuenta, entre otros, además del ya citado Juan Luis Maneiro, su también compañero de exilio, Agustín Castro, que escribió un "Elogio histórico de don Francisco Xavier Clavigero" que permaneció inédito, a pesar de que José Mariano Beristáin lo da como publicado en Ferrara, en 1787. Entre los escritores modernos que exaltan la figura de Clavigero citaré a Luis González Obregón, *Cronistas e historiadores*, México, Editorial Botas, 1966, p. 86; Antonio Gómez Robledo, "La conciencia mexicana en la obra de Francisco Xavier Clavigero", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, XIX, 3, 1979, p. 347-364, y José Emilio Pacheco, "La patria perdida. Notas sobre Clavigero y la 'cultura nacional'", en *En torno a la cultura nacional*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 15-45.

de 1731, fue hijo de padre español y madre criolla. Por razones ligadas al carácter de funcionario de su padre en la administración novohispana, la familia hubo de cambiar varias veces su lugar de residencia, casi siempre en regiones de población preponderantemente indígena, tales como Teziutlán, en Puebla, y Jamiltepec, en la Mixteca de la Costa. En la familia de Clavigero, profundamente católica, nacieron once hijos en cuatro de los cuales se despertó la vocación religiosa. Además del propio Francisco Xavier, dos de sus hermanos fueron también sacerdotes: Ignacio en la misma Compañía de Jesús y Manuel como clérigo secular. Acerca de este último, Francisco Xavier habría de escribir una biografía.⁵ Una de sus hermanas, doña Mariana, profesó a su vez como religiosa en el Convento de San Jerónimo.⁶

Mientras que en el seno de la familia se vivía un ambiente de cultura española, en su entorno social y cultural lo indígena se volvía presente de múltiples formas. En contacto diario con ese entorno, Francisco Xavier aprendió desde niño el náhuatl, hasta ese tiempo “lengua general” y comenzó a apreciar las cualidades humanas de los llamados indios. Entrado ya en sus años mozos, fue enviado a la Puebla de los Ángeles para estudiar en el Colegio de San Jerónimo al cargo de los jesuitas. Concluida allí la gramática, pasó al de San Ignacio, de la misma orden. En éste se inició en la filosofía, la historia y algunos rudimentos de las ciencias.

Fue por ese tiempo cuando se sintió inclinado al sacerdocio, aunque no ingresó entonces a la Compañía de Jesús sino al Seminario Angelopolitano. Un año después, en 1748, Clavigero dio el paso que habría de determinar en mucho el sesgo de su existencia. Tras algunas vacilaciones, decidió hacerse jesuita y así fue recibido en el Colegio de Tepotzotlán donde se formaban los novicios y estudiantes de esa orden religiosa. En ese colegio convivió con un grupo selecto, integrado por varios de los que se conocerían más tarde como “humanistas mexicanos del siglo XVIII”, entre ellos Francisco Xavier Alegre, José Rafael Campoy, Andrés Cavo y Pedro José Márquez.⁷

La literatura, la historia de México y la universal, las lenguas, entre ellas el náhuatl, y ciencias como la física —en suma el universo de la cultura— cautivaron desde entonces el interés de Francisco Xavier. La sólida formación intelectual y la rígida disciplina de los jesuitas dejaron

⁵ Francisco Xavier Clavigero, *Memorias edificantes de don Manuel Joseph Clavigero...*, México, Felipe Zúñiga y Ontiveros; 1761.

⁶ Sobre la familia de Clavigero, véase Ronan, *op. cit.*, p. 1-7.

⁷ Así los designó Gabriel Méndez Plancarte, en *Humanistas del siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1941 (Biblioteca del Estudiante Universitario).

en él sello indeleble. Cuando aún no había concluido los estudios sacerdotales, se le destinó por algún tiempo a la docencia, según era costumbre entre los jesuitas. Fue enviado con tal fin al Colegio de San Ildefonso. Estando allí propuso a sus superiores la necesidad de introducir reformas en los programas y métodos de enseñanza que, en su opinión, resultaban anticuados. En tal propuesta se traslucían los criterios y enfoques que había hecho suyos, influido por la lectura de obras de científicos y filósofos europeos entre los más representativos del pensamiento contemporáneo.

Tras esa primera etapa de docencia, pasó al Colegio Máximo de los jesuitas, el de San Pedro y San Pablo, para concluir su carrera eclesiástica dedicado a la teología, el derecho canónico y otras disciplinas de contenido religioso. Fue también durante esos años cuando, con creciente interés, se acercó al conjunto de testimonios indígenas que había reunido don Carlos de Sigüenza y Góngora y que se conservaban en dicho colegio.⁸ Ya desde años antes, hallándose en Tepotzotlán, se había sentido atraído por la documentación asimismo de autores indígenas que existía en ese otro centro de formación jesuítica. Lo que para no pocos miembros de su orden pasaba inadvertido o era considerado a lo sumo como “antiguallas o papeles de indios”, fue para Clavigero, según él mismo lo expresó, descubrimiento que influyó en el resto de su vida. Paradójico sería que, conociendo ese tesoro documental, no iba a poder aprovecharlo puntualmente cuando en el exilio se consagró a escribir sobre la historia antigua de México.

Ordenado sacerdote en 1754 y después de un breve periodo en el que ejerció su ministerio en la iglesia de la Casa Profesa de su orden, recibió como destino, al igual que otros jesuitas, la docencia. Ésta iba a ejercer, precisamente, en un colegio establecido para indígenas. Sabían sus superiores que había él manifestado varias veces el deseo de trabajar entre grupos nativos. En particular había insistido en que se le enviara a las misiones de la California.⁹

En función de ese antiguo interés tal vez pueda comprenderse mejor la motivación que tuvo, mucho después en su exilio, de escribir la historia de los sucesos ocurridos en esa península. Quiso abarcar en

⁸ No se dispone de un inventario de los manuscritos reunidos por Sigüenza y Góngora. En cambio sí lo hay de los que se allegó Boturini, varios de los cuales o pertenecieron a la colección de aquél o los copió de ella. Véase John B. Glass, *The Boturini Collection, Handbook of Middle American Indians*, Austin, The University of Texas Press, 1975, p. 473-486.

⁹ Sobre este deseo de Clavigero hay cartas suyas o resúmenes de ellas en que se dirige al provincial Agustín Carta solicitándole ser enviado como misionero. Véase el legajo “Aposento de Clavigero”. Cartas de correspondencia con los superiores y otros padres sobre varios particulares, Archivo General de la Nación (Archivo Histórico de Hacienda), legajo 1955.

ella desde los primeros contactos entre indígenas y españoles hasta la época de la entrada y actividad de sus colegas jesuitas a lo largo de setenta años hasta el momento de su expulsión.

Clavigero ejerció su magisterio en el Colegio de San Gregorio, adjunto al de San Pedro y San Pablo. Sagazmente se las arregló allí para volver a consultar y estudiar los testimonios en náhuatl que se conservaban en la biblioteca del de San Pedro y San Pablo. Su primer biógrafo y antiguo compañero, el ya citado Juan Luis Maneiro, recuerda esto así:

Se dedicó con asiduidad y gran diligencia a devorar libros, pues se le ofrecía la ocasión, tanto del tiempo libre de ocupaciones más graves, como la biblioteca doméstica, llena de libros muy selectos y de códices, la que frecuentaba con increíble gozo.¹⁰

Lo que con elogio refiere Maneiro, fue en realidad causa de un serio enfrentamiento entre Clavigero y uno de sus superiores. De lo que ocurrió da testimonio una carta del 3 de abril de 1761 escrita a Clavigero por el padre Pedro Reales, entonces provincial de la Compañía de Jesús en Nueva España. Entre otras cosas le hace notar que recibió un informe según el cual había

sacudido enteramente el yugo de la obediencia, respondiendo con un *no quiero* a lo que se le encarga, como ayer sucedió, o por lo menos esa respuesta se le dio al Superior, que a la verdad no sé qué camino tomar para que Vuestra Reverencia se componga y contenga en su deber. Mudanza de lugar es poco remedio, y ninguna satisfacción a la vida y ejemplo que Vuestra Reverencia ha dado, abstrayéndose casi todo del fin único de los que viven en ese colegio, y entregándose a otros cuidados y estudios que lo embargan [...].¹¹

Dedicado estaba, como lo describió su biógrafo, “con asiduidad y gran diligencia a devorar libros” y, según añadió luego, a examinar “con ojos curiosísimos todos los documentos referentes a esta nación [la indígena], los que como dijimos se conservaban en gran número en el Colegio de San Pedro y San Pablo”.¹² Esto era, por supuesto, aquello que lo abstraía, como se lo hizo notar en su carta el padre provincial, “entregándose a otros cuidados y estudios que lo embargan”.

¹⁰ Maneiro, *op. cit.*, p. 129.

¹¹ “Carta del padre Pedro Reales a Clavigero, del 3 de abril de 1761”, en Jesús Romero Flores (ed.), “Documentos para la biografía del historiador Clavijero”, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, 1939-1940, t. I, p. 319.

¹² Maneiro, *op. cit.*, p. 130.

Así, eso mismo que era laudable para el biógrafo que colma siempre de elogios a Clavigero no lo fue para el superior que lo tuvo como descuido de obligaciones. Y en relación también con ese afán de escudriñar los documentos indígenas, añade Maneiro algo que, como veremos, sólo fue verdad a medias: “Con enorme esfuerzo sacó allí preciosos tesoros que más tarde dio a conocer para el bien público en la historia que dejó a la posteridad”.¹³

Es cierto que descubrir la riqueza de esos testimonios reforzó en Francisco Xavier su interés por la historia prehispánica y en tal sentido influyó mucho en la obra que escribió años después. Pero, como se le iban a hacer notar sus críticos, de hecho no los aprovechó en su *Historia*, simplemente porque no pudo hacerlo, hallándose tan alejado de ellos en su exilio. Incluso las dos listas de autores indígenas que dispuso con breve comentario, más que fruto de lo que podía recordar, se basaron en elencos ajenos, en especial en el que Lorenzo Boturini, incluyó en su “Museo indiano”, a modo de apéndice a la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*.¹⁴ Los acontecimientos y las circunstancias en que se desarrolló la vida de Clavigero lo condicionaron grandemente en este punto.

Estando todavía en el Colegio de San Gregorio escribió y vio publicado el primero de sus trabajos, rara vez citado. Fue éste una biografía de su hermano Manuel que había muerto en 1760: *Memorias edificantes del bachiller don Manuel Joseph Clavigero, sacerdote del obispado de la Puebla, recogidas por su hermano...*¹⁵ Ésta su primera publicación le trajo un serio disgusto. Uno de sus parientes, al que mencionó en la biografía de su hermano, lo acusó públicamente de haberse referido a él en forma ofensiva. Clavigero, alarmado ante tan inesperada reacción, dio entonces prueba de su religiosidad que, paralelamente con su apertura al modernismo filosófico, mantenía con un corte tradicional.

Recordó en tal situación que san Juan Nepomuceno, a quien los jesuitas profesaban particular devoción, era protector de la buena fama de los sacerdotes en un caso como éste en el que él se encontraba. San Juan Nepomuceno, siendo vicario general de la arquidiócesis de Praga, había sido requerido por el rey Wenceslao de que le revelara lo que su mujer, la reina, le había declarado en confesión. Al negarse, el rey dispuso su muerte. El santo prefirió perder la vida antes que quebrantar

¹³ Maneiro, *loc. cit.*

¹⁴ Lorenzo Boturini Benaduci, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, Madrid, en la Imprenta de Juan de Zúñiga, 1746 (edición de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1974. El “Museo indiano”, p. 113-151).

¹⁵ Véase la nota 5.

el sigilo del sacramento y, consiguientemente, causar menoscabo a la dignidad y buena fama del sacerdocio.

Clavigero hizo promesa de que, si salía bien librado de las acusaciones que su pariente le hacía, traduciría al castellano la biografía que de dicho santo había escrito en italiano el jesuita Cesare Calino. Como así ocurrió, cumplió su ofrecimiento y publicó la traducción bajo el título de *Compendio de la vida, muerte y milagros de San Juan Nepomuceno...* (México, 1762).¹⁶

A principios de ese mismo año fue enviado al Colegio de San Javier de Puebla. Apartado ya de los indígenas con los que había laborado en el Colegio de San Gregorio y de los papeles que tanto le interesaban en el de San Pedro y San Pablo, lamentó además su alejamiento de la capital en la que mantenía contacto con varios de sus compañeros, “los humanistas” de su orden y otros como el bien conocido José Antonio de Alzate.

Su breve estancia en Puebla lo acercó al menos a otros indígenas así como a futuros misioneros jesuitas que se preparaban en el Colegio de San Javier. De mayor significación fue, en cambio, su ulterior traslado y estancia en el Colegio de Valladolid, en el que, por cerca de tres años, enseñó filosofía. Tuvo allí ocasión de dar entrada a las ideas renovadoras que había hecho suyas desde sus días de estudiante en los que leyó y estudió las obras, entre otras, de Duhamel, Descartes, Gassendi y Leibniz. Conservándose en relación con sus colegas Campoy, Alegre, Castro y otros, interesados asimismo en temas filosóficos y científicos, encontró además tiempo para escribir. Mencionaré tres de sus principales trabajos. Uno, de carácter metodológico, consistió en un diálogo entre dos supuestos personajes, Filaletes y Paleófilo, “el amante de la verdad” y “el amante de lo anticuado”. Al decir de su biógrafo Maneiro, mostraba que: “En el estudio de la física debemos emplear un método que nos lleve a la investigación real de la verdad y de ninguna manera sostener algún postulado establecido arbitrariamente por los antiguos”.¹⁷

De este diálogo no se conserva otra cosa que el anterior comentario. En cambio, de su *Cursus philosophicus diu in Americanis gymnasiis desideratus* (Curso filosófico por largo tiempo deseado en los gimnasios —escuelas superiores americanas—), al menos ha llegado hasta nosotros la parte que intituló *Physica particularis*.¹⁸ Un juicio

¹⁶ Logró Clavigero que dicho libro se imprimiera en la “Imprenta del Real y más antiguo Colegio de San Ildefonso”, México, 1762.

¹⁷ Maneiro, *op. cit.*, p. 140.

¹⁸ El texto de la *Physica particularis* se conserva en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco, Guadalajara, ms. 209.

conciso acerca de la aportación de Clavigero en este campo lo ofrece Bernabé Navarro:

Sólo él enseñó una filosofía enteramente renovada [...] una especie de sistema filosófico propio, una síntesis nueva de filosofía donde se manifiesta de una manera evidente un eclecticismo, porque esa síntesis era una armonización del pensamiento de los antiguos —Aristóteles sobre todo— con los modernos, desde Descartes y Bacon hasta el americano Franklin.¹⁹

Interesante, porque revela el carácter de Clavigero, es que, a la par que presentaba así en sus clases y por escrito un pensamiento renovador en la filosofía y la ciencia, no dejara de ocuparse de temas estrechamente ligados a su profesión de sacerdote. De ello da testimonio el tercero de los trabajos que entonces llevó a cabo. Consistió él en la traducción, ampliamente anotada, de dos cartas de san Francisco de Sales, que se dispuso a publicar con el título de *El sacerdote instruido en los ministerios de predicar y confesar, en dos cartas de [...]*. Quien mejor y más extensamente se ha ocupado de la vida y obra de Clavigero, el historiador también jesuita Charles E. Ronan, dedica cierto espacio a explicar lo que ocurrió con este trabajo de Clavigero. Por las razones que allí expone no obtuvo él la autorización de sus superiores para sacarlo a luz. Sólo pudo hacerlo un amigo suyo al que confió su manuscrito, el sacerdote secular Lino Nepomuceno Gómez Galván, quien lo publicó como versión suya en 1771, es decir después ya de la expulsión de los jesuitas.²⁰

De Valladolid fue enviado Clavigero en 1766 al Colegio de Santo Tomás en Guadalajara, que por cierto fue antecedente inmediato de la universidad que se creó allí en 1791, en cumplimiento de un decreto expedido por Carlos IV. Sólo poco más de un año estuvo, hasta el momento en que se dio a conocer el decreto de expulsión de los jesuitas, el 25 de junio de 1767. De su permanencia allí recordaré dos acontecimientos de cierto interés. Fue uno la composición que presentó en público, verosímilmente con varios de sus estudiantes, intitulada “Un banquete de la filosofía”. En él “Su Majestad la Filosofía” aparece invitando a sesenta jóvenes a comer con ella. Los platos que se sirven y cuyo sabor se comenta han sido preparados a partir de “las recetas”, es decir los escritos de Aristóteles, Gassendi y Descartes.²¹

¹⁹ Bernabé Navarro, *Cultura mexicana moderna en el siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1964, p. 35.

²⁰ Ronan, *op. cit.*, p. 44-45.

²¹ *Ibid.*, p. 52.

El otro hecho muestra que Clavigero, aunque dedicado entonces a la filosofía, no dejaba de interesarse por los temas históricos. A esto se refiere en su *Historia de la California*, en la que recuerda que, hallándose en Guadalajara, pudo consultar en la biblioteca del colegio y tomar notas de varios de los escritos del jesuita Sigismundo Taraval sobre las misiones y la rebelión indígena de 1734 en aquella península. La referencia parece ser a la obra que sobre esto se conserva y que ha sido publicada en versión inglesa por Margaret Eyer Wilbur, *The Indian Uprising in Lower-California, 1734-1737*, y en su original por Eligio Moisés Coronado, *La rebelión de los californios*, Madrid, Doce Calles, 1996.²²

LA ODISEA DEL EXILIO (1767-1770)

Cerca de veinte años duró el exilio de Clavigero. De ellos dos y medio, desde que se embarcó en Veracruz con los otros jesuitas expulsos, el 25 de octubre con rumbo a La Habana, hasta que se estableció en definitiva en 1770 en Bolonia, fueron de ires y venires con padecimientos a veces extremos. Él mismo describe las principales vicisitudes por las que él y sus compañeros tuvieron que pasar en su “Relación de los sucesos de la Provincia de México, desde el día 25 de junio de 1767 [...], año de 1769”.²³ Este texto suyo, en modo alguno respira resentimiento sino bastante objetividad. Puede compararse con los relatos que sobre el mismo asunto dejaron otros dos jesuitas mexicanos, Antonio López de Priego y Rafael de Selis.²⁴

Extrayendo lo esencial de ellos, bastará con decir que de Veracruz, donde no pocos murieron, los demás pasaron a La Habana. Su equipaje consistía en dos mudas de ropa, el breviario, algún otro libro religioso, un poco de tabaco y de chocolate. Se les habían dado además cien pesos para sus gastos. De Cuba fueron reembarcados con destino a Cádiz, pero con tal suerte que, debido a fuertes temporales en el canal de Bahamas, hubieron de regresar a La Habana. Después de varias semanas de permanecer allí en cautiverio, zarparon de nuevo hacia Cádiz a donde llegaron a mediados de abril de 1768, es decir casi medio año después de su salida de Veracruz.

²² Sigismundo Taraval, *The Indian Uprising in Lower California, 1734-1737, as Described by Father...*, trad., introd. y notas de Marguerite Eyer Wilbur, Los Ángeles, The Quivira Society, 1931.

²³ Esta “Relación” se encuentra hasta hoy inédita, conservada en la Biblioteca de la De Grolyer Foundation, Dallas, Texas.

²⁴ Ambos relatos han sido publicados por Mariano Cuevas, S. J., en *Tesoros documentales de México, siglo XVIII*, México, Galatea, 1949, p. 19-71 y 183-230.



Tres meses permanecieron detenidos y estrechamente vigilados en Cádiz. El rey Carlos III deseaba enviarlos a los Estados Pontificios, pero ante la oposición inicial del papa Clemente XIII, se les embarcó rumbo a Córcega. Allí, con la anuencia del Senado de Génova y del gobierno francés que deseaba adquirir la isla, tuvieron que residir un par de meses en las peores condiciones y en medio de la rebelión de los corsos contra los franceses. Una vez más se les obligó a salir en pésimas embarcaciones, primero con rumbo a Porto Fino, en territorio genovés, y después a Sestri Levante, donde pisaron tierra.

El largo viaje terminó con la aquiescencia del papa que los autorizó a entrar en los Estados Pontificios. Ello ocurrió en septiembre de 1768, casi un año después de su salida de Veracruz. A este largo lapso debe sumarse el de año y medio más durante el cual Clavigero, que primeramente estuvo varios días en Bolonia, hubo de pasar luego a Ferrara en la incertidumbre de cuál sería el lugar definitivo donde habría de vivir. Poco de provecho pudo emprender en Ferrara, aparte de participar en la organización de una especie de academia en la que cada uno de los exiliados mexicanos pudiera volver a cultivar y dar a conocer los temas en que se había especializado, desde los estudios teológicos, hasta los filosóficos, científicos, históricos y literarios.

Finalmente, en junio de 1770, Clavigero y otros de sus compañeros pudieron establecerse en Bolonia, ciudad en la que la mayoría de ellos permaneció hasta su muerte. Allí, viviendo con recursos muy limitados, tanto económicos como de esos otros tan requeridos para el trabajo intelectual como son los libros y la asistencia de algún amanuense, Francisco Xavier se entregó de lleno al estudio y la preparación de varias obras. Algunas de éstas alcanzó a publicar y otras quedaron inéditas.

Dos son en particular las que le dieron el prestigio de que hasta hoy goza: la *Historia antigua de México* y la *Historia de la California*. Ambas aparecieron en italiano. La primera fue publicada en 1780, es decir tras once años de residir en Bolonia. La segunda, en edición póstuma al cuidado de su hermano Ignacio, también exiliado, en 1789. Clavigero, que en sus tres últimos años de vida estuvo aquejado de serias dolencias de los riñones y la vesícula, se mantuvo siempre atento a los sucesos que afectaban a México. En correspondencia con amigos suyos de este país y asimismo con otros, en su mayoría estudiosos, historiadores, lingüistas y científicos, vivió intensamente hasta lo último el tiempo que duró su existencia. Ésta terminó prematuramente, el 2 de abril de 1787, es decir, a los 55 años de edad. La descripción y la valoración de sus obras son el tema de los siguientes apartados.

LA STORIA ANTICA DEL MESSICO

¿Qué movió a Clavigero a preparar una historia acerca del México prehispánico? Según parece, su idea original fue elaborar una especie de diccionario histórico para el que llegó a escribir varias biografías. Vestigio de ello son dos manuscritos a los que se refirió Maneiro y que se intitulaban “Retratos de hombres insignes”, indígenas y del México colonial, y “De los linajes nobles de la Nueva España”. Dejando inconcluso ese trabajo, después de algunas vacilaciones, hubo tres motivos principales que lo impelieron a acometer la *Storia antica del Messico*.²⁵ Él mismo habla de ellos sumariamente en su prólogo a la misma. Uno fue “evitar las fatigas y reprehensible ociosidad a que me hallo condenado”. Es decir, el verse en su exilio cual desprovisto de un sentido que dar a su vida.

Otro, que reitera en numerosos lugares de su obra, es “servir del mejor modo posible a mi patria”.²⁶ Esta idea de servicio tenía en él un doble origen. Por una parte anhelaba vincularse activamente con su patria a pesar de su separación física de ella. Por otra, estaba persuadido, en su convicción providencialista, de que así cumplía con la voluntad de Dios. Finalmente, un tercero y muy poderoso motivo lo encontró en la necesidad que experimentaba de “restituir a su esplendor la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos [acerca de] América”.²⁷

A los integrantes de la que llama “turba increíble”, se referirá con suma frecuencia a lo largo de la *Storia antica*, en sus *Disertaciones* y también en la *Storia della California*. Prominentes en el gran conjunto de los dichos —sobre los que recaen una y otra vez las más duras críticas e ironías de Clavigero— son el filósofo prusiano Cornelius de Paw, el escocés, pastor anglicano, William Robertson, el abate francés Guillaume Raynal, así como con ciertos miramientos en algunos casos, el célebre naturalista conde Buffon. Además de éstos, hay otros muchos que escribieron en tiempos antiguos o que eran contemporáneos suyos, a quienes corrige a lo largo de su *Storia*. Esto lo hace a veces en el texto de ella y de las *Disertaciones* y también en muchas notas a pie de página. Para dar un ejemplo, en las primeras páginas de su obra corrige

²⁵ Aunque he hecho referencia a la *Storia antica del Messico*, en adelante citaré el texto en su original castellano en la edición de mucho más fácil adquisición, *Historia antigua de México*, pról. y ed. de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1976, p. XXI (“Sepan cuantos...”, 29).

²⁶ Clavigero, *Historia antigua de México*, p. XXI.

²⁷ *Loc. cit.*

a Lorenzo Boturini, Antonio de Solís, fray Juan de Torquemada y William Robertson.

En contraste con las deficiencias que va notando en estos y otros autores a los que suele exhibir como mal informados o tendenciosos, Clavigero en la portada de su *Storia*, después del título de ella, indica que está “sacada de los mejores historiadores españoles y de los manuscritos y de las pinturas antiguas de los indios”. Lo que así enuncia en la portada, lo presenta luego en forma pormenorizada en un texto que sigue al “Prólogo del autor”: “Noticia de los escritores de la historia antigua de México”. Como lo ha señalado Charles E. Ronan, en un largo capítulo de su libro, el IV, dedicado a las “Fuentes”, las que enumera Clavigero pueden distribuirse en cuatro grupos: 1) “historias clásicas del Nuevo Mundo y otras fuentes que conoció el autor de primera mano”; 2) las colecciones de antiguas pinturas mexicanas; 3) “fuentes básicas que sólo conoció indirectamente a través de otros autores que se valieron de ellas” y 4) “obras en general de importancia secundaria”. No creo necesario analizar y valorar —lo que ya ha hecho Ronan— qué es lo que Clavigero pudo aprovechar de las fuentes que describe sumariamente. Bastará con decir que, del impresionante elenco de fuentes que presenta, son muy pocas las verdaderamente primarias en que pudo apoyar su historia. La principal razón se halla en lo que ya señalé antes, es decir, el alejamiento en que se encontraba respecto de los testimonios indígenas, incluso de la mayor parte de los conservados en Europa.

En realidad pocos fueron los autores españoles que pudo consultar como testigos de los hechos de que habla, sobre todo los de la conquista. Se reducen ellos a las *Cartas de relación* de Cortés, la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo, el dudoso Conquistador anónimo y otros que indirectamente aportan lo que oyeron, o compilaron con base en documentos y otros testimonios que tuvieron a su alcance. Tal es el caso de la *Historia* de Francisco López de Gómara, la de José de Acosta y la magna compilación de las *Décadas* de Antonio de Herrera. De estos derivó no poco, tanto sobre el pasado indígena y la conquista, como acerca de varias de las instituciones culturales prehispánicas.

Lugar aparte ocupa la *Monarquía indiana* de fray Juan de Torquemada que con frecuencia cita en su obra, no pocas veces para hacer crítica de ella. Duro fue desde un principio con Torquemada del que reconoce que aprovechó su obra, pero al que al mismo tiempo achaca en seguida una larga serie de deficiencias:

Se muestra muchas veces falto de memoria, de crítica y de buen gusto y en su *Historia* se descubren groseras contradicciones principalmente en

la cronología, algunas relaciones pueriles y una gran copia de erudición superflua [...]. Sin embargo, habiendo en ella cosas muy apreciadas, que en vano se buscarían en otros autores, me ví precisado a hacer de esta historia lo que Virgilio con la de Enio: a buscar las piedras preciosas entre el estiércol.²⁸

Tan acerbadas consideraciones no impidieron que, de hecho, en gran parte la *Storia* esté apoyada en lo que escribió Torquemada. De éste tomó no sólo infinidad de noticias, sino que además aprovechó no pocas de las numerosas citas de autores como Toribio de Benavente Motolinía, Andrés de Olmos, Bernardino de Sahagún, Fernando Pimentel, Ixtlilxóchitl, Juan Bautista Pomar, Bartolomé de las Casas, Juan de Tovar, Alonso de Zurita y Diego Muñoz Camargo, a cuyas obras nunca tuvo acceso directo. Asimismo, aprovechando las referencias que Torquemada hace a códices y textos indígenas, como la *Tira de la Peregrinación* y los códices *Tlotzin*, *Quinatzin* y *Xólotl*, recrea Clavigero cuanto concierne a los chichimecas, así como a la primera etapa de la historia mexicana.

En lo que concierne a otras pinturas y textos indígenas, a pesar de que menciona “la Colección del Vaticano”, “la de Viena”, “la de Sigüenza” y “la de Boturini”, en realidad sólo pudo consultar la *Matrícula de tributos* en la deficiente reproducción que de ella incluyó el arzobispo Lorenzana en su edición de las *Cartas de relación de Cortés*, así como algo de la que llamó “la Colección de Mendoza”, es decir el códice que ostenta tal nombre. Pudo conocer éste en dos defectuosas y parciales reproducciones. Cita la de Samuel Purchas, incluida en la obra de Hakluyt y también la de Thevenot publicada en 1692.²⁹ Añade que “la he estudiado con diligencia y me ha sido útil para mi historia”.³⁰

De las colecciones de códices que se conservaban en el Vaticano y en Viena hace sólo vaga mención citando a Acosta respecto de la primera y nada menos que a Robertson a propósito de la segunda. De la formada por don Carlos de Sigüenza y Góngora afirma que en 1759 vio y estudió algunos documentos y pinturas. Respecto de la que reunió Boturini, también dice que “yo vi algunas de estas pinturas que contenían algunos hechos de la conquista y algunos bellos retratos de los reyes de México”.³¹

²⁸ Clavigero, *op. cit.*, p. XXX.

²⁹ En realidad se valió de esta última, Melchisédec Thévenot, *Relations de divers voyages curieux, qui n'ont point esté publiés, ou qui ont esté traduites d'Hacluyt, de Purchas...*, 4 v., París, 1663-1672.

³⁰ *Ibid.*, p. XXXV.

³¹ *Ibid.*, p. XXXVII.

En su exilio lo que en realidad consultó fue la *Idea de una nueva historia de la América Septentrional* y el elenco de documentos indígenas que incluyó Boturini en lo que fue el índice de su “Museo indiano”. Debe añadirse que tuvo además acceso al que hoy se nombra *Códice Cospi*, preservado entonces en la biblioteca del que se conocía como Instituto de Ciencias de Bolonia. A él se refiere en la *Storia* diciendo:

El volumen de pinturas mexicanas que se conserva en la Biblioteca del Instituto de Bolonia es una piel muy gruesa y mal curtida, o por mejor decir varias unidades, de más de cinco varas de largo y como de ocho pulgadas de ancho, pintadas por una y otra parte y pegadas en la forma dicha.³²

No señala Clavigero qué aprovechamiento hizo del dicho códice en su *Storia* y en realidad, fuera de esa alusión, no vuelve a mencionarlo. Esta sumaria revisión de las fuentes que evoca y luego de las que efectivamente empleó en su trabajo, causa perplejidad. Contrasta desde luego con lo que él mismo enuncia en la portada de su obra, donde expresa que la *Storia* está “sacada de los mejores historiadores españoles y de los manuscritos y las pinturas antiguas de los indios”. La perplejidad que puede despertarse al hacer la revisión crítica de lo que anuncia Clavigero como sus fuentes, y aquello que de hecho tuvo a su alcance y consultó, la experimentaron ya algunos que leyeron su *Storia* desde poco después de su aparición. En tanto que muchos la recibieron, disfrutaron de ella y la colmaron de elogios, propiciando se tradujera muy pronto al inglés (1787) y al alemán (1789), no faltaron quienes adujeron como notoria deficiencia lo limitada que era realmente la base documental sobre la que había escrito su autor, no obstante las dichas ponderaciones acerca de sus fuentes.

Tal percepción se dio en dos contextos diferentes. Por una parte William Robertson, al leer la traducción inglesa de la *Storia* y verse atacado en ella, procedió con ojo avizor en busca de una valoración crítica y desde luego con la idea de hacer pública defensa de sí mismo. Ya en una carta que escribió a un amigo, Lord Elliock, el 3 de abril de 1787, le dice que ha leído la obra de Clavigero y la encuentra “con errores y deformaciones” como proveniente de “un débil y crédulo fanático”.³³ Al publicar el año siguiente la quinta edición de su *History of America*, notó en ella desde un principio la limitación de sus fuentes:

³² *Ibid.*, p. 249.

³³ Carta de William Robertson a Lord Elliock, de fecha 3 de abril, 1787, conservada en la National Library of Scotland, Edinburg, ms. 1036, f. 106. Esta referencia la he tomado de Ronan, *op. cit.*, p. 293.

Era natural esperar nueva y abundante información de una persona que es nativa de la Nueva España, que ha residido en ella cuarenta años y que conoce la lengua mexicana. Pero, al revisar su trabajo, encontré que difícilmente contiene alguna adición a la historia del imperio mexicano, según la relatan Acosta y Herrera, sino lo que obtuvo de las inverosímiles narraciones y fantásticas conjeturas de Torquemada y Boturini [...].

El señor Clavigero, en la amplitud de su celo por el honor de su México nativo, me hace cargo de haber malinterpretado algunos puntos y representado incorrectamente otros [...].

Esto me ha inducido a examinar las duras expresiones del señor Clavigero acerca de mi *History of America*, como especialmente hecha por alguien que parecía poseer los medios de obtener información precisa; para mostrar que la mayor parte de ellas carece de justo fundamento. Esto lo he hecho en notas relacionadas con pasajes de mi *History* que fueron objeto de sus críticas.³⁴

Lo que así señaló Robertson respondiendo a Clavigero, éste no lo pudo ya conocer dado su fallecimiento el año anterior. Otra temprana reacción, también adversa que, entre otras cosas se centró asimismo en el tema de las fuentes empleadas por Clavigero, se produjo cuando nada menos que el secretario de la Academia Española y abogado del Consejo de Indias, Manuel de Lardizábal y Uribe, nacido en México, concibió la idea de que la *Storia* se publicara en España en el idioma en que originalmente había sido escrita, es decir, en castellano. Con ese propósito, en 1783 pidió a Clavigero enviara el texto en su versión original al impresor de Madrid, Antonio de Sancha. Clavigero obsequió sus deseos y en poco tiempo remitió a Sancha el texto en castellano correspondiente a los dos primeros volúmenes de su obra. En un principio todo marchó bien. El impresor llegó a obtener incluso la aprobación de la Real Academia de la Historia y del Consejo de Castilla para dicha publicación.³⁵

Al pasar adelante en busca de la que debía otorgar asimismo el Consejo de Indias, surgió un serio obstáculo. Un español también jesuita exiliado, el mallorquín Ramón Diosdado Caballero, que había leído la *Storia*, reaccionó violentamente al igual que otros españoles, por considerar que contenía ella muchas expresiones contrarias a España. Para refutarlas, se embarcó en la preparación de un amplio tratado en dos volúmenes que intituló, con el seudónimo de Filiberto de

³⁴ William Robertson, *History of America. To Which is Subjected...*, 5a. edición, 2 v., Londres, 1788, v. I, p. XI-XII.

³⁵ Las cartas de Antonio de Sancha, Clavigero y otras, así como las censuras aprobatorias y otros documentos que se produjeron al tiempo en que se consideró la publicación de la *Historia* de Clavigero en castellano las registra Ronan, *op. cit.*, p. 153-176.

Parripalma, *Observaciones americanas y suplemento crítico a la Historia del ex-jesuita don Francisco Xavier Clavigero*.³⁶

Tras concluir los dos primeros volúmenes de este trabajo, escribió a José de Gálvez que era entonces ministro del Consejo de Indias. En su carta le manifestaba su juicio radicalmente adverso a la obra de Clavigero y le informaba de su propio trabajo en que refutaba la suma de errores que decía haber encontrado en ella, en particular aquellos que redundaban en detrimento del buen nombre de España.

En respuesta, Gálvez solicitó de Diosdado Caballero el envío de sus *Observaciones americanas*. Al recibirlas, encargó a Miguel de San Martín Cueto y al cosmógrafo real Juan Bautista Muñoz expresaran su opinión, tanto acerca del trabajo de Diosdado como sobre lo que, a la luz del mismo, pensarán de la obra de Clavigero. El primero concluyó que las *Observaciones* de Diosdado, con ciertas modificaciones, merecían ser publicadas, en tanto que hacía suyas las objeciones del mismo en contra de la *Storia* y de su eventual publicación en castellano.

Muñoz, por su parte, rindió un dictamen más pormenorizado y mucho menos favorable a Diosdado. El solo título del dictamen es ya revelador: “Cargos hechos por el señor don Juan Bautista Muñoz contra el abate Filiberto de Parripalma o sea el abate don Ramón Diosdado Caballero, a la obra que en tres tomos escribió [...]”.³⁷ Pero a la vez que su juicio era adverso en muchos puntos a Diosdado, notó las deficiencias que, a través de lo escrito por éste, pudo percibir en la obra de Clavigero. Extraño resulta en este contexto que Muñoz no hubiera recibido a la vez el texto castellano que había enviado Clavigero al impresor Sancha de los primeros volúmenes de su obra. Ese texto se hallaba entonces en poder de dos abogados del Consejo de Indias que habían recibido la comisión de revisarlo.

En síntesis, Muñoz reconoce en su dictamen que Clavigero, por hallarse lejos de su patria, no pudo consultar las fuentes necesarias para escribir su historia. Añade que trató de persuadir a sus lectores de haberse apoyado en las historias y escritos de los indios, lo que no ocurrió puesto que sólo cita esas fuentes a través de las menciones que Torquemada hace de ellas. En opinión de Muñoz, Clavigero no hizo otra cosa sino elaborar un ordenado compendio de la vasta obra del dicho franciscano.

³⁶ Acerca de las motivaciones de Ramón Diosdado Caballero y lo que escribió en contra de Clavigero, véase Elías Trabulse, “Un airado mentís a Clavigero”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, v. XXV, n. 1, julio-septiembre 1971, p. 1-40.

³⁷ Este dictamen, de gran interés, por venir de Juan Bautista Muñoz y por involucrarse en él asimismo su opinión acerca de la *Historia* de Clavigero, se conserva inédito en la Biblioteca Pública de Nueva York. La referencia la debemos a Charles Ronan.

Si éste fue el parecer de Muñoz, en cambio el de los dos abogados fue favorable a la publicación en castellano de la *Historia*. Tal vez ante la discrepancia de su juicio y el de Muñoz, el Consejo les ordenó hicieran una segunda revisión del texto de los dos primeros volúmenes. Finalmente, el Consejo de Indias recomendó la publicación de la obra de Clavigero. Gálvez, no satisfecho con esto, dispuso se remitiera el dictamen de los dos abogados a Muñoz, el cual, después de leerlo, contestó que del mismo se desprendía que en la obra de Clavigero no había cosa reprochable desde el punto de vista de la religión, las leyes y el honor de España y que lo que pudiera encontrarse era secundario y fácilmente rectificable. En su opinión, las objeciones eran otras y se referían a la deficiencia documental en que se apoyaba, reiterando que en realidad era un resumen de la *Monarquía indiana* de Torquemada. No obstante lo cual admite Muñoz que la *Historia* tiene el mérito de su claridad y de ser una bien lograda síntesis acerca del pasado indígena de la Nueva España, por lo que, si se le hacían algunas correcciones que estima necesarias, considera puede publicarse.

Cuando todo parecía ya favorable a Clavigero que hacía poco —el 2 de abril de 1787— había fallecido, ocurrió también el deceso de Gálvez el 7 de junio del mismo año. Un nuevo ministro de Indias, al parecer no satisfecho con tantos dictámenes, ires y venires, decidió comisionar para una nueva revisión a Francisco Cerdá y Rico, del Despacho Universal de Gracia y Justicia. Ello ocurrió hacia fines de 1789. Más de diez años transcurrieron hasta el de 1800 en que el señor Cerdá murió, dejando intacto el manuscrito de Clavigero y sin haber rendido opinión alguna. La edición de la *Historia antigua*, a partir de su original en castellano, nunca se llevó a cabo en España. Las “Observaciones” de Diosdado tampoco salieron a luz. Éste logró al menos que se imprimiera en 1806 y, en Roma, una versión un tanto resumida de ellas bajo el título de *L'eroismo di Ferdinando Cortese confirmato contra le censure nemiche*. Tal libro, como lo comenta Elías Trabulse, “fue principalmente dirigido a refutar a Clavigero”.³⁸

El jesuita Ronan, que ha sido el primero en poner de relieve esta suma de juicios críticos —las apreciaciones de Robertson, Diosdado y Muñoz—, a pesar de su simpatía por el autor de la *Storia*, reconoce su validez. Así en la “Conclusión” de su obra nos dice:

Clavigero obtuvo la mayor parte de su conocimiento histórico acerca del México antiguo de la *Monarquía indiana*. Y aunque el material refundido que forma la base de la *Storia antica* lleva consigo la impronta inconfun-

³⁸ Trabulse, *op. cit.*, p. 9.

dible de Clavigero, sin embargo en él se percibe a Torquemada casi en cada página. No obstante, fuera de alguna ocasional referencia a éste como fuente, no reconoce Clavigero su excesivamente grande dependencia de él. Más bien, como lo notó Muñoz, deja al lector bajo la impresión de que su estudio ha sido logrado a partir de una amplia variedad de fuentes, como el título completo de la *Storia antica* induce a creerlo [...]. Simula un conocimiento de autores, archivos, documentación y otros muchos elementos de información que sólo conoció a través principalmente de Torquemada, Eguiara y Eguren, Boturini y Betancourt [...].³⁹

Y, sin embargo, reconociendo con Ronan que Robertson, Diosdado y Muñoz tenían razón al mostrar la debilidad de la *Historia* en cuanto a sus fuentes de información, es cierto paralelamente que tal limitación no llegó a hacer mella en la ulterior aceptación de esta obra.

Ella se publicaría en castellano nada menos que en Londres en 1826, donde había aparecido años antes la quinta edición de la *Historia* de Robertson, con los juicios adversos a Clavigero. El trabajo de éste fue traducido allí por un español exiliado, José Joaquín de Mora, que desconocía la existencia del texto original de Clavigero en su lengua materna. Esa traducción, como la *Storia* misma en italiano, llegó a despertar grande interés dentro y fuera de México, como lo prueban sus varias ediciones. La obra de Clavigero influyó además de diversas formas en la toma de conciencia de la identidad de México, poco antes y después de su independencia. Frente a estos hechos surge una pregunta que ya he insinuado: si la *Historia* estuvo escrita por Clavigero sobre una base documental bastante restringida, ¿a qué se debió el aprecio grande de ella, estimación que perdura hasta el presente?

Concepción y estructura de la Historia antigua de México

Para captar la idea que tuvo Clavigero de lo que debía ser su *Historia antigua*, conviene volver a los motivos que tuvo para escribirla. Además de “evitar la fastidiosa y reprehensible ociosidad”, señaló desde un principio que quería “servir del mejor modo posible a mi patria para restituir a su esplendor la verdad ofuscada”. Propósito, complemento del anterior, era hacer ver las falacias de quienes habían tratado de ofuscar esa verdad: “una turba increíble de escritores modernos”, es decir los Gage, Paw, Robertson, Buffon, Raynal y otros más.

En la dedicatoria de su obra “a la Real y Pontificia Universidad de México”, deja entrever la que tiene por una de las principales causas

³⁹ Ronan, *op. cit.*, p. 349.

de que “el esplendor de la verdad” de esta historia esté “ofuscado”; dice así:

Quiero quejarme amistosamente de la indolencia o descuido de nuestros mayores con respecto a la historia de nuestra patria. Cierto es que hubo hombres dignísimos que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana y nos dejaron de ella preciosos escritos. También es cierto que hubo en esa Universidad [la de México] un profesor de antigüedades, encargado de explicar los caracteres y figuras de las pinturas mexicanas, por ser tan importantes sobre la propiedad de las tierras o la nobleza de algunas familias indias y esto es puntualmente lo que me causa pena. ¿Por qué no se conserva aquel profesor tan necesario? ¿Por qué se han dejado perder aquellos escritos tan preciosos y especialmente los del doctísimo Sigüenza? Por faltar el profesor de antigüedades no hay actualmente quien entienda las pinturas mexicanas y, por la pérdida de los escritos, la historia en México se ha hecho difícilísima por no decir imposible. Ya que esta pérdida no se puede reparar, al menos que no se pierda lo que nos queda.⁴⁰

Esta larga cita de la dedicatoria aporta elementos que pienso son reveladores del concepto que tenía Clavigero de su obra y sus propósitos. En primer lugar, al externar esta queja que califica de “amistosa”, denuncia que existe “indolencia o descuido” respecto de “la historia de nuestra patria”. A continuación nota cuál es esa historia: “la de la antigüedad mexicana”. De esto se desprende que para él la historia de su patria es la de “su antigüedad”, la que se conservó en esos escritos “con los caracteres y signos de las historias mexicanas”.

Se percibe así con claridad que, al acometer sus obras, “para servir del mejor modo posible a mi patria”, se propone superar esa “indolencia o descuido”, restituyéndole o haciéndole patente “su historia”, “la de la antigüedad mexicana”. Por tanto, es lo indígena de México, eso que se conserva en las pinturas o códices, lo que él considera como raíz de la identidad histórica de México. Tanto le preocupa esto que, superando limitaciones, además de exhortar al rector y autoridades de la universidad a buscar un remedio a la indolencia, él mismo pone el ejemplo y escribe la deseada historia.

En más de un lugar de su *Historia* declara Clavigero que él no es indio pero que “la verdad” de la historia patria está fundamentalmente ligada a lo indígena:

Nosotros nacimos de padres españoles y no tenemos ninguna afinidad o consaguineidad con los indios, ni podemos esperar de su miseria ningu-

⁴⁰ Clavigero, *op. cit.*, p. XVIII.

na recompensa. Y así ningún otro motivo que el amor a la verdad y el celo por la humanidad, nos hace abandonar la propia causa por defender la ajena con menos peligro de errar.⁴¹

Esta declaración que llevaría a pensar en que Clavigero considera al indio como “otro”, adquiere un sentido más complejo si se parangona con su afirmación de que la historia indígena es “la historia de nuestra patria”. Reconociéndose de origen español, a la vez se considera de tal modo enraizado en el ser más profundo de México que afirma que en él está el meollo de su historia.

Ahora bien, esa historia y la realidad plena de México y en general de América “ha sido mal entendida y deturpada” por esa “increíble turba de escritores modernos”, ingleses unos, franceses, alemanes, italianos y otros más. Por ello hay que mostrar la verdad en todo lo que fue y es ese ser histórico tan vilipendiado. Ello exigirá conocer no sólo la secuencia de los hechos en el pasado indígena, sino también sus instituciones y grandes creaciones, así como lo que fue y significó la conquista para los que llama él siempre “los mexicanos”.

Son varios los lugares en que subraya el abatimiento en que quedaron los indígenas. Llega así a comparar su situación bajo los españoles con la de los griegos sometidos por los turcos. Respondiendo a Robertson y Paw, que describen a los indios como seres miserables, pusilánimes y carentes de toda capacidad intelectual, dice:

Es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades. El que contempla el estado presente de la Grecia no podría persuadirse que en ella había habido antes aquellos grandes hombres que sabemos, si no estuviera asegurado, así por sus obras inmortales como por el consentimiento de todos los siglos.

Pues los obstáculos que tienen actualmente que superar los griegos para hacerse doctos no son comparables con los que siempre han tenido y tienen todavía los americanos.⁴²

Esta comparación, que por cierto irritó mucho a Diosdado Cabello, recuerda la que hizo Sahagún de los indios con los de Judea y Jerusalem cuando Dios, por boca de Jeremías, fulminó en su contra una maldición, diciendo que habría de caer sobre ellos “gente, fuerte y animosa y codiciosísima de matar” que los destruiría con todo lo que poseían y añade:

⁴¹ Clavigero, *op. cit.*, p. 303.

⁴² *Ibid.*, p. 518-519.

Esto a la letra ha acontecido a estos indios con los españoles; fueron tan atropellados y destruidos ellos y todas sus cosas, que ninguna apariencia les quedó de lo que eran antes. Así están tenidos ahora por bárbaros [...]. Como, según verdad, en las cosas de policía [cultura] echan el pie delante a muchas otras naciones que tienen gran pretención de políticas [...].⁴³

Coincidió en esto Clavigero con Sahagún y en otras de sus apreciaciones relativas a la conquista, aunque como ya se dijo, no había tenido posibilidad de leerlo y sólo sabía de él a través de Torquemada. El jesuita, no obstante su apertura filosófica a la modernidad, también coincidió con el franciscano en su arraigada convicción religiosa. Implicaba ésta para él dos elementos muy importantes. Uno era la aceptación de un providencialismo que tiñe mucho de lo que expone. Otro, el reconocimiento de que ninguna de sus interpretaciones podía contrariar lo referido por las Sagradas Escrituras y en general lo declarado por el dogma. De lo primero hay muchos ejemplos en su *Historia* y en las *Disertaciones*. Ninguno es tal vez más dramático que el de sus palabras finales en la *Historia*:

Los mexicanos, con todas las demás naciones que ayudaron a su ruina, quedaron a pesar de las cristianas y prudentes leyes de los monarcas católicos, abandonados a la miseria, la opresión y al desprecio no solamente de los españoles sino aún de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes, vengando Dios en la miserable posteridad de aquellas naciones [las indígenas] la injusticia y la superstición de sus mayores. Funesto ejemplo de la Justicia Divina y de la inestabilidad de los reinos de la tierra.⁴⁴

Si tuvo expresiones como ésta para explicar acontecimientos a la luz de su pensamiento providencialista, también expresó otras, no pocas, sobre su aceptación irrestricta de lo que expresan las Sagradas Escrituras. Así, hablando de los animales de América, dice: “El sumo respeto que se debe a los libros santos me obliga a creer que los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo Mundo descienden de aquellos que se salvaron del diluvio universal en el arca de Noé”.⁴⁵

Sin despojarse ni por un momento de su bagaje de católico en el fondo muy tradicionalista, Clavigero concibió, en suma, su empresa histórica como un servicio a su patria, restituyéndole la verdad ofuscada

⁴³ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 2 v., introd., paleog., glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Alianza Mexicana, 1989, v. I, p. 33.

⁴⁴ Clavigero, *op. cit.*, p. 417-418.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 440.

de su historia, que primordialmente era la indígena, oponiéndose en incontables pasajes a sus principales detractores europeos. Luis Villoro, en su certera exposición acerca de Clavigero y su obra, describe lo alcanzado por el jesuita como un proyecto de presentar “lo indígena manifestado por la razón universal”.⁴⁶ Ello implicó rebelarse contra lo europeo como arquetipo único. Aunque —añadiré por mi parte— en tal intento cayera él sin darse cuenta, en una cierta trampa. Porque, para lograr su propósito, llegó a contemplar la historia mexicana como un “ejemplo clásico”, es decir como dotado de todos los atributos que hizo grandes a los pueblos ya conocidos de la antigüedad:

La *Historia antigua de México* es una versión épica, heroica. Es el relato tallado en fuerte trazo, de la vida de un pueblo de héroes; naciones que en todo el espléndido vigor de su juventud nos hacen pensar en la joven Roma, cantada por los antiguos. Aparece la historia azteca grávida de ejemplos de estoico valor comparables a los más esforzados hechos de los pueblos clásicos.⁴⁷

Si en el presente no ostentan ya los indios esos rasgos admirables, ello se debe, según Clavigero, como ya lo vimos, a que su situación vino a ser más adversa que la de los griegos sometidos a los turcos. Para convencer de esto a sus lectores, Clavigero ponderó en su *Historia* y en las *Disertaciones*, una por una, las cualidades de los indígenas y sus grandes creaciones. Así, por ejemplo, presenta como “admirable el cómputo calendárico de los mexicanos”.⁴⁸

Destaca la equidad y el buen orden que existía “en el gobierno público como en el doméstico de los mexicanos [...] celo de la justicia y de amor al bien público”.⁴⁹ Muestra lo acertado que era su sistema educativo y transcribe las versiones resumidas de dos *huehuelotlalitilli*, tomadas de Torquemada a las que califica de “instrucciones de un padre a su hijo” y “de una madre a su hija”.⁵⁰ Continuando con el tema de la educación, nota que “todos enviaban a sus hijos a las escuelas públicas que había cerca de los templos”.⁵¹ Habla de la existencia de embajadores, correos y formas de comercio.⁵² Atención particular concede a las que juzga de adecuadas formas de posesión y propiedad de

⁴⁶ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950, p. 89.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 98.

⁴⁸ Clavigero, *op. cit.*, p. 179.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 201.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 203-206.

⁵¹ *Ibid.*, p. 213-214 y 229-231.

⁵² *Ibid.*, p. 232.

la tierra,⁵³ y maneras de cultivarla. Describe las huertas y los jardines que tenían, “en los que había plantados con bello orden árboles frutales, hierbas medicinales y flores”.⁵⁴ En fin, dedica particular atención a las diversas artes, entre ellas la de elaborar sus “pinturas o códices”.⁵⁵

Es cierto que tuvo que apreciar negativamente aspectos de la religión indígena, de modo especial los sacrificios humanos, pero aun respecto de ellos recordó que otros muchos pueblos, incluyendo a los antepasados de los españoles, también los habían practicado:

La frecuencia de tales sacrificios no fue menor en Egipto, Italia, España y las Galias que en México [...]. ¡Qué número de hombres no se consumiría en las hecatombes o sacrificios a centenares, de los antiguos españoles [...]. El número de los sacrificios mexicanos ha sido ciertamente exagerado por la mayor parte de los historiadores, como hemos dicho en otra parte.⁵⁶

Poniendo luego en contraste todo lo que había antes de la conquista, con lo que trajo ésta, expresa su pena ante la suma de destrucciones que entonces hubo: “Cuando arribaron a aquella tierra los conquistadores hallaron mucho que admirar sus ojos y no menos que destruir sus manos”.⁵⁷

Se duele, como lo habían hecho antes hombres como fray Diego Durán, Toribio de Benavente Motolinía, Bernardino de Sahagún y José de Acosta de las quemas de los libros de pinturas:

Los primeros misioneros, sospechando superstición en todos ellos, los persiguieron a sangre y fuego. De cuantos pudieran haber en Texcoco donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron un grandísimo montón y le pegaron fuego [...]. Fue lamentable esta pérdida que sintieron después los mismos autores del incendio [...].⁵⁸

Fueron algunas de estas apreciaciones, las de elogio acerca de la cultura indígena y las de reproche por las destrucciones hechas por los conquistadores y algunos frailes, las que, además de otras, parecieron a Diosdado Caballero y a varios españoles ofensivas a su patria. En realidad no era tal la intención de Clavigero sino, como ya se ha hecho notar, su propósito consistía en poner de relieve el gran desarrollo cultural de los mexicanos, que no deja de ponderar y aún de comparar

⁵³ *Ibid.*, p. 250-251.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 231.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 248.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 577.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 258.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 248.

con los de otros pueblos de la antigüedad clásica. De este modo buscaba mostrar lo que Villoro acertadamente calificó de “la historia mexicana como ejemplo clásico”. Por una parte, encamina su refutación contra lo expresado por “la turba increíble” de hombres como Paw, Robertson y los otros. Por otra, encuentra en lo indígena “una realidad específica” que libera al criollo “de la instancia ajena”, es decir de la que parecía una necesidad de ver y entender todo, incluso a sí mismo, siempre desde perspectivas europeas:

El criollo —añade Villoro— niega que el punto de vista europeo sea el único válido. En este movimiento juzga, a su vez, a aquel que lo determinaba. Vuelve sobre la misma Europa los argumentos con que ésta lo acataba [...]. Por tanto, lo que hace en el fondo es apelar a un criterio universal que no se identifique con alguno en particular y que sea capaz de aplicarse a todos.⁵⁹

Esto, que es clave en el pensamiento de Clavigero, aflora a lo largo de su *Historia* y de modo más directo en sus *Disertaciones*. Los rasgos que he mostrado de la concepción que tuvo el jesuita veracruzano de su obra determinaron, por supuesto, la estructura que dio a la misma. La describiré en lo que aparece como más característico de ella. Debo notar antes algo en lo que coincidirán quienes la hayan leído y disfrutado. Es cierto que Clavigero la elaboró con apoyo directo en muy limitadas fuentes de primera mano. Puede decirse que, al tener acceso a sólo unas cuantas en su exilio, hubo de hurgar en su memoria acerca de las que había tenido en sus manos y estudiado cuando aún estaba en México. Movidó por su afán de ofrecer una imagen que revelara lo que a sus ojos era la verdadera grandeza de la historia de su patria, escribió, por así decir entusiasmado, esta obra que desafiaría a sus críticos y sobreviviría como clásica. En los libros que la integran recreó el escenario natural y los aconteceres, instituciones y cuanto conformó la existencia de los antiguos mexicanos hasta la trágica confrontación de la conquista. Logró, en suma, insuflar vida a ese pasado sobre el cual pensaba él que debía forjarse el futuro México.

Clavigero distribuyó su trabajo en diez libros y nueve disertaciones. En parte estuvo influido, también en esto, por la *Monarquía indiana* de Torquemada. Sin embargo, ostenta rasgos que le son propios. Dos iniciales y muy particulares son el apartado, del que ya he hablado, acerca de “las fuentes”, antepuesto al libro I. El otro, que constituye el libro I de la *Historia*, según lo manifiesta, lo dispuso “persuadido por

⁵⁹ Villoro, *op. cit.*, p. 125-126

algunos amigos”.⁶⁰ En él ofrece una “Descripción del reino de México; su tierra, su clima, montes, ríos y lagos; minerales, plantas, animales y hombres”. Como puede verse, es un tratado de geografía e historia natural. Según Clavigero lo notó, para prepararlo tomó en cuenta, entre otras, las aportaciones de Ulloa, Buffon y de modo muy particular del protomédico de Felipe II, el sabio doctor Francisco Hernández, que dedicó algunos años a recorrer Nueva España e informarse de su naturaleza y recursos. Establecido así un marco de referencia, entra de lleno el autor en la materia de su *Historia*.

Es en los libros II a V donde se ocupa de la secuencia de acontecimientos en tierras de Anáhuac, vocablo que, por cierto, elucida. En estos libros es visible la influencia de Torquemada, al que sigue tanto en su ordenamiento cronológico desde los toltecas y chichimecas hasta llegar al reinado de Moctezuma Xocoyotzin. Puede decirse que esta presentación de los sucesos, escrita con estilo claro y aun elegante, dejó honda huella en los libros de historia y en los manuales escolares que se escribieron en México a lo largo del siglo XIX y parte del XX. Allí, por ejemplo, incluyó relatos sobre personajes como “Maxtlaton el tirano” y el sabio señor Nezahualcóyotl, que han dejado su impronta en incontables mexicanos.

El libro VI lo concibió Clavigero como portador de noticias acerca de la religión, fiestas, calendario, diversos ritos, el matrimonio y la muerte. Con este libro inició sus descripciones de las que hoy llamaríamos “instituciones culturales prehispánicas”. También en él se trasluce cuánto derivó de Torquemada. Por su parte, Clavigero aunque siempre providencialista y apegado al dogma católico, se muestra más comprensivo de las creencias y prácticas de los antiguos mexicanos, a los que defiende en varias ocasiones, de lo que les había sido achacado como adoradores del Demonio y practicantes de ritos execrables.

Correspondió al libro VII abarcar las otras instituciones: educación, derecho, ceremonias reales, embajadas, comercio, magistraturas, armas y atavíos, tenencia y cultivo de las tierras, caza y pesca, lengua mexicana, oratoria y poesía, juegos, música, libros de pintura, artes y ciencias y cuanto se refiere a los cómputos calendáricos. En todo este libro también se percibe de continuo lo derivado de Torquemada. Pero es también en él, como ya lo vimos, donde los elogios de Clavigero y las comparaciones que establece con las instituciones de otros pueblos de la antigüedad, se encaminan a lo que Villoro calificó de búsqueda de una imagen de lo indígena a través de la razón universal, hasta lograr presentar “la historia mexicana como un ejemplo clásico”.

⁶⁰ Clavigero, *op. cit.*, p. XXI.

Correspondió a los libros VIII a X tratar de la secuencia de sucesos de la conquista, desde “los primeros viajes de los españoles a las tierras de Anáhuac” hasta “el último asalto, toma de la ciudad y prisión de los reyes”. Sus fuentes siguen siendo Torquemada y los autores citados por éste, a los que no tuvo acceso directo Clavigero, además, por supuesto, de los escritos de Hernán Cortés, López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, José de Acosta, Antonio de Herrera y Agustín de Vetancurt, o sea los autores cuyas obras se habían ya publicado.

No siendo posible adentrarnos en un análisis detenido de cuanto allí refiere Clavigero, bastará con notar que en general asume casi siempre un enfoque favorable a los indígenas. Es cierto que en varios lugares hace abierta condenación de actuaciones de Cortés y los españoles. Un ejemplo de esto, teñido un tanto de ironía, lo tenemos en el cuadro que pinta de la rendición de Cuauhtémoc, después de que éste

poniendo la mano sobre un puñal que tenía Cortés a la cinta, “quitadme, añadió la vida que no perdí en defensa de mi reino”, Cortés procuró consolarle con buenas razones [...]. ¿Pero qué consuelo podría recibir con semejantes protestas, o qué crédito dar a las palabras de Cortés, el que había sido siempre su enemigo, habiendo visto que a su tío, Moctezuma, no le valió el ser su amigo [...].

El rey de México [Cuauhtémoc], a pesar de las grandiosas promesas del general español fue poco después puesto ignominiosamente a tortura [...] y al cabo de tres años fue, por ciertos recelos, ahorcado con los reyes de Acolhuacan y Tlacopan.⁶¹

Mas, a pesar de relatos y reflexiones como éstas, no puede decirse que haya asumido Clavigero como norma un punto de vista antihispánico, según algunos lo han pretendido. En cambio, a lo largo de estos libros, da frecuentemente entrada a apreciaciones providencialistas como la que salta a la vista en el párrafo final del libro X que ya he transcrito. Al igual que los libros anteriores de la *Historia*, también éstos sobre la conquista han ejercido amplia influencia en no pocos de los que han escrito sobre todo manuales escolares y otros trabajos.

Las Disertaciones

Es en las *Disertaciones* donde más directa y frecuentemente dirige Clavigero sus dardos en contra de “esa turba increíble de escritores modernos” cuyos nombres aparecen citados una y otra vez. Ello ocurre en

⁶¹ *Ibid.*, p. 416.

particular a propósito de Buffon, en lo concerniente a “la pretendida inundación de América y el clima y calidad de la tierra de México”, tema de la *Tercera disertación* y a propósito “de los animales de México”, asunto de la *Cuarta*. En cambio, es sobre todo Paw el ásperamente criticado en las disertaciones V y VI, sobre “la constitución física y moral de los mexicanos” y “la cultura de los mismos”. Y no puedo menos de aducir algo de lo que, dando salida a su indignación, manifestó Clavigero en el texto “Al lector”, que antepuso a las *Disertaciones*:

He escogido la obra de Paw —dice— porque, como en una sentina o albañal, ha recogido todas la inmundicias, esto es, los errores de todos los demás. Si parecen un poco fuertes mis expresiones es porque no hay que usar dulzura con un hombre que injuria a todo el Nuevo Mundo y a las personas más respetables del Antiguo.⁶²

Tampoco Robertson y Buffon escapan a las invectivas de Clavigero en una y otra de estas disertaciones. Otro tanto puede decirse del texto de las séptima y octava disertaciones, “Confines y población de los reinos de Anáhuac” y “Religión de los Mexicanos”.

En la última disertación que versa sobre el “origen del mal francés”, es decir la sífilis, son otros los autores a los que Clavigero somete a críticas. Entre ellos están Corradino Grinilli y Gaspar Torella, Juan Manardi, André Thevet, el historiador Astruc, así como Fernández de Oviedo y Herrera. La conclusión que tuvo por cierta Clavigero es que “el mal gálico no viene de América”.

Podrá notarse que hasta aquí no he hecho referencia a las *Disertaciones* primera y segunda y al “Catálogo de autores que han escrito en lenguas de la Nueva España”. La primera disertación versa sobre “La población de América y quiénes fueron los primeros pobladores”, así como su origen, igual que el de los animales del Nuevo Mundo. También en ella discute Clavigero diversos pareceres ajenos, como uno que califica de “increíble [...] cuanto adoptado por Gómara”⁶³ y Buffon que, según él, “a pesar de su gran ingenio y prolija exactitud, se contradice abiertamente en este punto”.⁶⁴ En la misma disertación dedica amplio espacio, en el que se guarda expresamente de contradecir “los Sagrados Libros”, al exponer sus propias elucubraciones al respecto.

La segunda disertación sobre “las principales épocas de la historia del reino de México”, menos polémica, se sustenta sobre todo en las obras de Torquemada, Vetancurt y Enrico Martínez en su *Reportorio*

⁶² *Ibid.*, p. 423.

⁶³ *Ibid.*, p. 431.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 432.

de los tiempos y historia natural de la Nueva España, obra que cita allí varias veces.

Limitaciones de espacio me impiden entrar en un análisis de las nueve disertaciones. Por ello me he circunscrito a señalar su contenido y asimismo en cuáles de ellas arremete contra los que tiene como culpables de haber oscurecido y trastocado la imagen del Nuevo Mundo y de México, en particular, en el contexto de los círculos científicos de Europa. En el detenido escrutinio de lo expuesto por ellos, llevado a cabo a lo largo de su *Historia* y más particularmente en las *Disertaciones*, Clavigero considera haber cumplido con lo que había anunciado en el prólogo de su obra.

Difusión y resonancia de la Historia

Comenzó ella a conocerse en Europa, México y Estados Unidos a través de las ediciones en italiano, cinco en inglés y una en alemán que aparecieron entre 1780 y 1817. En lo que concierne a la traducción al castellano, la que primeramente vio la luz fue una especie de resumen publicado en México en 1803. Estuvo éste incluido a modo de apéndice o referencia histórica en el opúsculo intitulado *Sermón panegérico de la gloriosa aparición de Nuestra Señora de Guadalupe...*, que dijo el doctor don Joseph Ignacio Heredia y Sarmiento (México, Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1803).⁶⁵

Conociendo sobre todo la edición en italiano, de la que el mismo Clavigero envió varios ejemplares a México, habló de ella desde fechas relativamente tempranas José Antonio de Alzate en un artículo que publicó en su *Gazeta de Literatura de México*.⁶⁶ Mencionó allí que fue en 1784 cuando recibió un ejemplar de la *Historia*. Muy interesado en el pasado prehispánico, había escrito varios trabajos acerca de él. Por razones no del todo claras, quizás porque el editor Antonio de Sancha había anunciado que pensaba publicar la obra de Clavigero en castellano, el hecho es que Alzate estableció contacto con él dándole a conocer

⁶⁵ Trabulse, en *op. cit.*, p. 2, 4, habla de esta publicación e incluso reproduce su portada.

⁶⁶ Sobre lo expresado por Alzate en la *Gazeta de literatura*, México, por don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1791 p. 1 y 55, y sobre las notas que escribió para esclarecer o completar algunos puntos de la *Historia* de Clavigero, véase Roberto Moreno, "Las notas de Alzate a la Historia de Clavigero", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972, v. 10, p. 359-392 y 1976, v. 12, p. 85, 120.

que había preparado una serie de notas a la dicha *Historia*, que podrían ser útiles para esa edición.

Otros distinguidos mexicanos también leyeron, apreciaron y difundieron en tempranas fechas el trabajo de Clavigero. Sólo mencionaré a algunos de ellos: fray Servando Teresa de Mier, José Ignacio Borunda, Carlos María Bustamante y Lucas Alamán. La aceptación y el universal reconocimiento a esta obra, que reivindicaba la grandeza de las antiguas culturas indígenas de México, perduraron a través de las aportaciones de Manuel Orozco y Berra, Alfredo Chavero, Nicolás León y otros muchos. Algo semejante puede decirse de los copiosos estudios que se han seguido escribiendo sobre el jesuita veracruzano y sus obras.⁶⁷ La *Historia* se continuó publicando en numerosas ediciones en castellano. La primera edición mexicana apareció en 1844 en la misma traducción de José Joaquín de Mora. A ella siguió otra, en 1853, vertida a nuestra lengua por Francisco Pablo Vázquez. Y luego, como alternando las de los dos traductores, las de 1861, 1868 (en Jalapa), 1883, 1917, 1944, hasta llegar a 1945 en que, por vez primera, el jesuita Mariano Cuevas ofreció el texto que originalmente había escrito Clavigero en castellano. De esta última se han hecho numerosas reimpressiones. Añadiré que no ha desaparecido el interés por la *Historia* entre los estudiosos de habla inglesa. De ello es prueba la reimpression que se hizo en dicha lengua por la Kraus Reprint Company en 1973.

Otras aportaciones: la Historia de California

Según parece, en tanto que escribía él su *Storia antica del Messico* se ocupaba también de la tocante a California. En una nota que incluyó acerca de las langostas, dice en su texto italiano:

En la historia de la California, que dentro de pocos meses será publicada, se citan las prolijas observaciones hechas por el señor abate don Miguel del Barco, el cual permaneció más de treinta años en aquel país tan famoso como indigno de la fama que tiene.⁶⁸

No obstante lo que pensaba su autor, la *Historia della California* no se publicó sino hasta 1789, en dos volúmenes aparecidos en Venecia gracias al empeño de su hermano Ignacio. Obra menos extensa que la *Storia antica*, en ella abarcó geografía, naturaleza, habitantes nativos,

⁶⁷ Véase la nota 4.

⁶⁸ Clavigero, *Storia antica del Messico*, t. I, nota en la p. 110.

así como los iniciales contactos que con ellos tuvieron los europeos, la entrada de los jesuitas y su actuación por cerca de setenta años hasta su expulsión a principios de 1768.

Conocía Clavigero la existencia de la obra del jesuita Miguel Venegas, escrita con base en informes que había recibido de varios misioneros de la península. Dicho trabajo había sido revisado y modificado por Marcos Burriel, de la misma orden y por otros censores de la Real Academia de la Historia. Esa obra, intitulada *Noticias de la California y de su conquista temporal y espiritual*, en tres volúmenes, había aparecido en Madrid en 1757. Respecto de ella notó Clavigero en el “Prefacio” que “no sólo falta la historia natural sino también muchas noticias esenciales, y hay además no pocos errores aunque inculpables”.⁶⁹

Consciente de esto, recuerda en su mismo “Prefacio” que vivían, como él, en Bolonia dos antiguos misioneros de California que consideraron convenía adicionar y corregir el trabajo de Venegas:

A todo esto quiso poner remedio las diligencias de los abates don Miguel del Barco y don Lucas Ventura, hombres muy prácticos en la California, exactos y sincerísimos. El abate Del Barco fue allí misionero por el espacio de treinta años y visitó todas aquellas misiones, y aunque no es naturalista de profesión [...]. Sin embargo [...] pudo observar en el discurso de tantos años y escribir después lo bastante para dar una idea exacta del terreno, clima, producciones y animales de la California.

El abate Ventura fue también once años misionero y por esta razón estaba bien impuesto de todos los negocios de la península. Ellos, pues, corrigieron los errores de la edición española [la *Noticias* de Miguel Venegas], le añadieron el ensayo de historia natural y las noticias que le faltaban, continuando la narración hasta el año de 1768.⁷⁰

La descripción que hace Clavigero de la obra que atribuye a Del Barco y a Ventura coincide puntualmente con la obra que se conservó inédita hasta 1973 en que, después de transcribirla y anotarla, y con amplio estudio introductorio, pude publicarla en edición del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.⁷¹ El examen del manuscrito original me convenció de que el único autor del mismo fue Miguel del Barco, afirmación con la que

⁶⁹ Cito aquí y en adelante esta edición, Francisco Xavier Clavigero, *Historia de la Antigua o Baja California*, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1975, p. 2.

⁷⁰ *loc. cit.*

⁷¹ Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la Antigua California*, edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973 (2a. edición con otros documentos inéditos, 1988).

han coincidido otros estudiosos. Respecto a ella Clavigero añade en su “Prefacio” que:

Creendo yo hacer un servicio al público presentándole la historia verdadera y exacta de la California, me he valido de los citados escritos, omitiendo de la historia española [la de Venegas] todo lo que ni directa ni indirectamente pertenece a la de aquella península.

Aunque he hecho uso de todos los conocimientos que he adquirido con mi estudio e investigaciones y he tomado informes personales de personas que han estado muchos años en la California, sin embargo siendo muy fácil que se equivoque el autor que escribe la historia de un país en que no ha estado, he hecho que revisen esta obra dos personas de las más prácticas en aquel país y la experiencia me ha mostrado que esta diligencia no ha sido superflua.⁷²

De lo expuesto se desprende que Clavigero para escribir esta obra tuvo como una de sus fuentes las *Noticias* de Venegas que le proporcionaron información acerca del establecimiento de las misiones hasta aproximadamente 1738, que es cuando Del Barco retomó la narración acerca de ellas en sus *Adiciones y correcciones*. Para conocer Clavigero lo que ocurrió a partir de ese año y poder ofrecer una historia natural, tuvo ya como fuente en alto grado principal lo escrito por Del Barco, ya que nada deja entrever una participación de Lucas Ventura.

Al examinar con detenimiento su obra puede verse que efectivamente debió consultar a otros misioneros, así como otros trabajos de contenido geográfico. Ello es patente, según veremos, desde el primer capítulo del libro. Además sería injusto decir que copió servilmente a Venegas o a Del Barco, cuando en realidad confirió a su propia *Historia* una estructura del todo original en la que abundan pertinentes reflexiones.

Cabe preguntarse, finalmente, si Clavigero tuvo acceso a la otra única obra impresa que abarcaba en su conjunto el mismo tema, es decir, la intitulada *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinseln Californien* del también antiguo misionero Juan Jacobo Baegert, publicada en Manheim en 1772 y reimpressa un año después. Clavigero confiesa haber sabido de dicha obra pero añade que “no hemos podido hacer uso [de ella] porque no ha llegado a nuestras manos”.⁷³

La comparación de la *Historia de California* de Clavigero con lo escrito por Del Barco me obliga a decir algo semejante a lo que otros han manifestado acerca de la *Storia antica* con respecto a Torquemada.

⁷² Clavigero, *Historia de la California*, p. 2.

⁷³ *Loc. cit.*

Esta otra aportación del veracruzano es un bien logrado, lúcido y conciso resumen del trabajo debido a Del Barco. Es cierto que también tomó en cuenta las *Noticias* de Venegas y pudo consultar a otros antiguos misioneros de California, como Lucas Ventura, pero en esencia sus fuentes se reducen a lo dicho.

En cierta coincidencia con uno de los propósitos que lo movieron a escribir la *Storia antica*, también en ésta le interesó poner en evidencia los errores y la mala fe de escritores europeos —entre ellos, por supuesto, Paw, Robertson y Buffon— que se ocuparon de asuntos tocantes a la California sin otro apoyo que su atrevimiento. En esta sostenida preocupación de Clavigero puede percibirse, en el caso de su obra de tema californiano, que quiere también reivindicar el buen nombre de los jesuitas que con tanto esfuerzo laboraron en esa península cerca de setenta años. Ello es patente desde el “Prefacio del autor” donde registra los que tiene como crasos errores de los autores mencionados y otros como Louis A. Nicolle de Lacroix, del que sostiene que “tiene en lo relativo a la California casi tantos errores cuantas líneas”.⁷⁴ Y a propósito de Paw y Robertson aduce allí también varios casos particulares en que su mala información o tergiversación de lo que han leído los llevó a propagar falsedades. “Es ciertamente admirable el talento de Paw —nos dice— para exagerar, alterar y fingir los hechos como le viene a cuento”.⁷⁵

La estructura que Clavigero dio a su obra la he descrito y comentado más ampliamente en la ya citada edición que dispuse de ella. Aquí me ceñiré a señalar el contenido de los cuatro libros o partes en que distribuyó su exposición. La primera es una bien lograda visión de conjunto de la geografía e historia natural de la península, así como de las culturas de los indígenas de ella. En cuanto a precisiones geográficas supera ampliamente a las *Noticias* de Miguel Venegas en su *Noticia*. A su vez, al ocuparse de la historia natural introduce una serie de apartados que comprenden los vegetales y animales. Es interesante su idea de presentar a las plantas nativas y luego “las extranjeras”, es decir, las traídas por los europeos para describir su aclimatación. Énfasis particular concede al aspecto del aprovechamiento y así habla de “plantas útiles por sus hojas y por sus ramas”; o “por su tronco o tallo; “por su raíz”; “por su jugo o goma”. Notaré que es en esta parte donde, citando al padre José Rothea —es decir siguiendo lo que informó en una carta transcrita por Del Barco— se ocupa de las célebres pinturas rupestres en la región central de la península.

⁷⁴ *Loc. cit.*

⁷⁵ *Idem.*

La sección que llamaré etnológica es reflejo de la claridad de pensamiento y capacidad de expresión de Clavigero. Acudiendo sobre todo a Del Barco, trata de las lenguas de los californios, sus artes, comidas y bebidas, habitaciones, fiestas y otras costumbres, así como acerca de su religión.

Los tres restantes libros o partes son ya de contenido histórico. En el segundo abarca desde “las tentativas hechas por Cortés y otras muchas” para penetrar en California, hasta la entrada definitiva de los jesuitas, fundación de las primeras seis misiones hasta 1711 y “los viajes, empresas y muerte del padre Kino”.

El relato, de fácil lectura y en el que recrea situaciones de particular interés, se reanuda en el libro tercero, cuyo tema es el de la fundación de otras misiones. Describe allí las dificultades que había que vencer y el modo de trabajar de sus hermanos jesuitas. Tanto en esta parte como en la anterior, Clavigero ha tenido como fuente principal las *Noticias* de Venegas. Si tomamos en cuenta que allí se reunieron muchos informes y cartas remitidas a quien fue su compilador, podremos percatarnos de que en realidad Clavigero, a través de Venegas, estuvo en contacto con lo que expresaron no pocos de los que llamaremos “fundadores y tempranos obreros” en esas misiones. En el libro tercero es de especial interés la forma como presenta la que fue altamente peligrosa rebelión de los pericúes y otros grupos indígenas.

En su interpretación de lo que entonces ocurrió pueden verse dos actitudes que él a su modo compaginó a lo largo de su vida: su ferviente postura de católico y de pensamiento providencialista, por una parte, y la de hombre abierto a la modernidad. Así, de un lado, habla en duros términos como éstos acerca de la rebelión: “No hubo para ella más motivo que el odio de aquellos salvajes a la ley cristiana que los privaba de las muchas mujeres que para su comodidad y placer tenían”.⁷⁶

Expresión distinta es, en cambio, la derivada de su reconocimiento de lo difícil y aun doloroso que debió ser para los indígenas acostumbrados a una vida libre, tener que someterse a las nuevas formas de existencia que los misioneros querían imponerles pensando que así los mejoraban en todo. Llegó incluso Clavigero a pergeñar una imagen de ellos que casi recuerda la del “buen salvaje”:

Carecen de ciertos vicios muy comunes entre otros bárbaros y aun entre algunos pueblos cultos [...]. No se hurtan unos a otros aquello poco que poseen; no riñen ni tienen contiendas entre parientes ni los que son de una misma tribu.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 177.

Todo su odio y furor es contra otras naciones o tribus con quienes tiene enemistad. Finalmente, no son obstinados y tercos, sino dóciles y fáciles de ser conducidos a lo que se quiere [...].⁷⁷

Éstos eran, según la imagen que se formó Clavigero, los *dramatis personae* con los que entraron en contacto los jesuitas. La última etapa de la actuación de éstos en la California, es decir, esos treinta años en que estuvo allí Miguel del Barco hasta el momento de la expulsión, son el tema del libro cuarto de esta *Historia*. La fuente de información no es ya Venegas, sino Del Barco, ese otro antiguo jesuita que había proporcionado a Clavigero el texto de las *Adiciones y correcciones*. De considerable interés son en esta parte los relatos acerca de las varias expediciones emprendidas por misioneros como Juan de Ugarte hasta las bocas del río Colorado, en una embarcación construida por él mismo, o las salidas de los padres Fernando Consag y Wenceslao Linck, asimismo hacia el norte, en busca de mejores ámbitos geográficos, marchando a pie en compañía de sus indios auxiliares.

Tras hablar de la fundación de las últimas misiones, dedicó el capítulo final al asunto de la “Real orden de expulsión de los jesuitas de los dominios de España” y, por consiguiente, también de California. El Clavigero, cristiano profundo y celoso de la gloria de su orden religiosa, escribe entonces estas palabras:

Los neófitos, viendo partir a los que los habían educado para la vida cristiana y tanto se habían afanado por su bien, lloraban sin consuelo, y los misioneros, volviendo los ojos a aquellos sus caros hijos en Jesucristo, los que habían parido con tantos dolores y dejaban tan afligidos, no podían contener las lágrimas.⁷⁸

Y, cual si lo estuviera contemplando, Clavigero añade que también los soldados del presidio de Loreto se mostraban consternados y dolidos:

Enternecidos los soldados, aun los que habían ido con el comisionado [es decir con el capitán Gaspar de Portolá que notificó la orden de expulsión], se hincaban, a presencia de éste, a besarles los pies y bañarlos con sus lágrimas.⁷⁹

Bien recibida fue asimismo la *Storia della California* que, según parece, fue escrita exclusivamente en italiano. De ella hubo una pri-

⁷⁷ *Ibid.*, p. 52.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 240.

⁷⁹ *Loc. cit.*

mera versión al castellano, debida a Diego Troncoso y Buenvecino.⁸⁰ Años más tarde Nicolás García de San Vicente preparó otra traducción, que es la que se ha reproducido hasta hoy en numerosas ocasiones. En 1839 apareció publicada en forma parcial⁸¹ y en 1854 completa.⁸² Volvió a serlo hasta 1933. Cuatro años después apareció la primera versión al inglés por Sara E. Lake. De entonces para acá se han sucedido las reimpressiones, sobre todo a partir de la que preparé con un estudio introductorio, aparecida en México, 1973. En ese mismo año, por cierto, volvió a publicarse la edición inglesa antes mencionada.⁸³ Prueba es esto del perdurable interés que mantiene esta obra, no obstante el rescate de la aportación de Miguel del Barco.

TRABAJOS MENORES DE CLAVIGERO

Sólo me resta mencionar otras de sus aportaciones que, no obstante su considerable interés, pueden calificarse de “menores”, en razón de su extensión. Comenzaré recordando una poco conocida y que consistió en un opúsculo en el que reunió dos cartas, la que recibió del profesor del Real Gimnasio de Cremona, Isidoro Bianchi, seguida de su propia respuesta a ella. Ambas epístolas se refirieron a la defensa que formuló Bianchi de su amigo el conde Gian Rinaldo Carli, al que Clavigero había criticado en su *Storia Antica*. La reacción de éste fue muy comedida al enterarse de los méritos de Carli. El título del opúsculo es *Copie di due lettere pubblicate nella Gazzeta di Cremona de 1781* (Cesena, 1782). Clavigero, para satisfacer aún más al conde y a su amigo Bianchi, dedicó al primero el último volumen de su *Storia* o sea el que incluye las *Disertaciones*.

Otro opúsculo que ayuda a comprender mejor a Clavigero es el que dispuso y publicó para dar a conocer, *como lo habían hecho otros criollos*, lo que significaba para México el culto a la virgen de Guadalupe.

⁸⁰ Como lo nota Ronan, *op. cit.*, p. 437, dicha versión nunca se publicó. Se conserva actualmente el manuscrito en la Benson Latin American Collection de la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin.

⁸¹ De esta edición, casi desconocida, impresa por Galván, a cargo de Mariano Arévalo 1839, da cuenta Ronan, *op. cit.*, p. 327 y 375.

⁸² Fue el editor Juan R. Navarro quien sacó a luz esa traducción completa, junto con la obra del franciscano Francisco Palau, *Relación histórica de la vida del venerable padre fray Junípero Serra*, México, 1852. Es significativo que ambos libros acerca de las Californias aparecieran cuatro años después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, en virtud del cual México perdió la Alta California y alcanzó a conservar la Baja.

⁸³ *The History of [Lower] California*, de Francisco Clavigero, S. J., trad. del italiano y edición de Sara E. Lake and A. A. Gray, Stanford, Stanford University Press, 1973.

El título de este trabajo es *Breve regguaglio della prodigiosa e rinomata imagine della prodigiosa Madonna di Guadalupe del Messico* (Cesena, 1782).⁸⁴ Basado en los principales cronistas guadalupanos, sigue muy de cerca el relato del texto que sacó a luz Luis Lasso de la Vega y que generalmente se conoce por sus primeras palabras como *Nican mopohua*.

Se debe al jesuita Mariano Cuevas el haber dado a conocer otros dos opúsculos de Clavigero que habían permanecido inéditos. El primero es una “Breve descripción de la Provincia de México de la Compañía de Jesús, según el estado en que se hallaba el año de 1767”.⁸⁵ En ella habla Clavigero, unas veces de forma extremadamente concisa y otras más amplia, de las ciudades y los pueblos que quedaban incluidos en la dicha provincia jesuítica. El curioso lector encontrará en esta “Descripción” no pocas noticias interesantes.

El otro trabajo corrobora lo dicho sobre la apertura de Clavigero hacia la modernidad. Distribuido en dos partes, trata de los “Frutos en que comercia o puede comerciar la Nueva España” y “Proyectos útiles para adelantar el comercio [...]”.⁸⁶ El humanista veracruzano aparece aquí preocupado no ya sólo por lo que concierne a la cultura de su patria, en cuanto creación espiritual o recordación de su pasado, sino también por aspectos económicos y técnicos que a su juicio han de tomarse en cuenta. Hay entre ellos algunos señalamientos que apenas en tiempos recientes han recibido atención. Un ejemplo lo tenemos en su idea de la “asignación de premios a los inventores de máquinas o cualesquiera cosas útiles al público, o a los que adelantaran las artes”. Los “estímulos” y compensaciones a los modernos “investigadores” y “creadores” nacionales serían tardía respuesta a la pertinente proposición de Clavigero.

Varios trabajos dejó inéditos. Ya mencioné su *Physica particularis*, que se conserva en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco en Guadalajara. A ésta añadiré las *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario* que quedó, como otros, en la Biblioteca del Archigimnasio de Bolonia. Al empeño de Arthur J. O. Anderson debemos su publicación, primero en traducción al inglés en 1973 y luego en su original castellano en 1974.

⁸⁴ El abad de Guadalupe, monseñor Guillermo Schulemburg, hizo traducir este opúsculo que se publicó en edición bilingüe italiano-castellana bajo el título de *Breve noticia de la prodigiosa y renombrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México*, México, 1970. Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda la incluyeron en *Testimonios históricos guadalupanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 578-596.

⁸⁵ Cuevas, *Tesoro documental...*, p. 311-360.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 363-398.

El propio Anderson ve en este trabajo de Clavigero otro testimonio de la base lingüística que supuso la elaboración de su *Storia antica*:

El hecho de que Clavigero conociera y supiera usar con bastante acierto los términos en náhuatl necesarios para su *Historia de México* no tiene nada de extraño, pues llaman la atención muchas definiciones sacadas de su obra, por ejemplo en el *Diccionario náhuatl-francés* de Rémi Siméon. Más interesante es la probabilidad de que haya adquirido en los colegios jesuitas de México, y quizás por su propia experiencia, un conocimiento del idioma más profundo de lo corriente, tal como se indica en las *Reglas de la lengua mexicana*.⁸⁷

Este trabajo, si bien relativamente breve, nos muestra cómo, aun en el exilio, mantenía el veracruzano vivo interés por el náhuatl que desde muy joven, si no es que desde niño, había aprendido y tan útil le fue en su acercamiento a la cultura de los antiguos mexicanos.

Dejó, finalmente, otros trabajos que, además de inéditos, se han extraviado. Ya he hecho mención de su proyectado “Diccionario histórico de los hombres ilustres de México”. A él alude, por cierto, en una carta que escribió al también antiguo jesuita Lino José Fábrega que residía en Roma y había estado preparando el primer comentario que se conoce de un códice mexicano, el *Borgia*. En esa carta —de fecha 6 de marzo de 1784, o sea menos de tres años antes de su muerte— Clavigero le habla de los trabajos que tiene entre manos, no sin notar que, “si con el tiempo saliere yo de pobreza, y me aliviare del mal de orina que meses hace me molesta, emprenderé el viaje a Roma que siempre he deseado”. Líneas antes menciona, además del *Diccionario histórico*, una *Historia eclesiástica de México*, de la que dice “tengo allegados muchos materiales”, así como su *Descripción histórico-geográfica de la América Septentrional*, con este comentario:

De ésta tengo escritos algunos cuadernos en que hay cosas muy interesantes, y recogidos innumerables materiales; pero la dificultad de llevarla hasta el cabo me ha obligado a suspenderla.

Ahora encargo de nuevo otros libros, de suerte que espero conseguir todas las crónicas del reino, menos las de Burgoa y Vázquez, porque no se hallan ni en España ni en México; pero de Burgoa tengo alguna esperanza de conseguirlo en Huaxaca.⁸⁸

⁸⁷ Francisco Xavier Clavigero; *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario*, ed., introd., paleog. y notas de Arthur J. O. Anderson, pról. de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1974, p. 15.

⁸⁸ Esta carta ha sido publicada por Ferdinand Anders *et al.*, en *Libro explicativo del llamado Códice Borgia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, v. II, p. 24-26.

Interesado estuvo ciertamente Clavigero en materias geográficas y en varios lugares aludió a su conocimiento de producciones cartográficas de Ortelio, Mercator y otros.

Una consideración final

Incansable trabajó quien tanto hizo en esos escasos diecisiete años que, exiliado y pobre, pasó en Bolonia. A pesar de las limitaciones que le impuso el no tener acceso a la mayor parte de las fuentes que había consultado en México, y más allá de lo que parece haber sido en él una cierta ambivalencia entre su rígida ortodoxia cristiana y su apertura a la modernidad, Clavigero nos dejó obras que tuvieron y mantienen significación e influencia perdurables. Sobre todo su *Historia antigua de México* fue revelación en Europa de lo que habían alcanzado “los mexicanos”, como él simplemente nombraba a los que otros llamaban “indios”. La *Historia* se difundió muy pronto en italiano, inglés y alemán. Y, poco después, al conocerse en México y al rescatarse ya en castellano, su destino fue contribuir tal vez como ninguna otra, a mostrar la que tuvo como más honda raíz de identidad del país en formación.

Su *Historia de California* también interesó desde un principio. Publicada en italiano, castellano e inglés, fue y sigue siendo llamada de atención sobre ese extenso territorio del que México alcanzó a conservar la casi mágica península que hoy, en su proceso de desarrollo, tiene en Clavigero al más atrayente de sus antiguos historiadores.

El 5 de agosto de 1970 los restos del humanista veracruzano Francisco Xavier Clavigero retornaron a su patria chica, el puerto de Veracruz. De allí fueron llevados poco después a la Rotonda de los Hombres Ilustres en la ciudad de México. Cabe percibir en esto un símbolo: la nación a cuyo servicio consagró su vida ha sabido reconocer y agradecer su aportación. Con su obra mucho contribuyó él a revalorar lo indígena en la plenitud del ser de México.